

PRÓLOGO

# Empezar a ver

---

Miguel Ángel Ruiz Carnicer

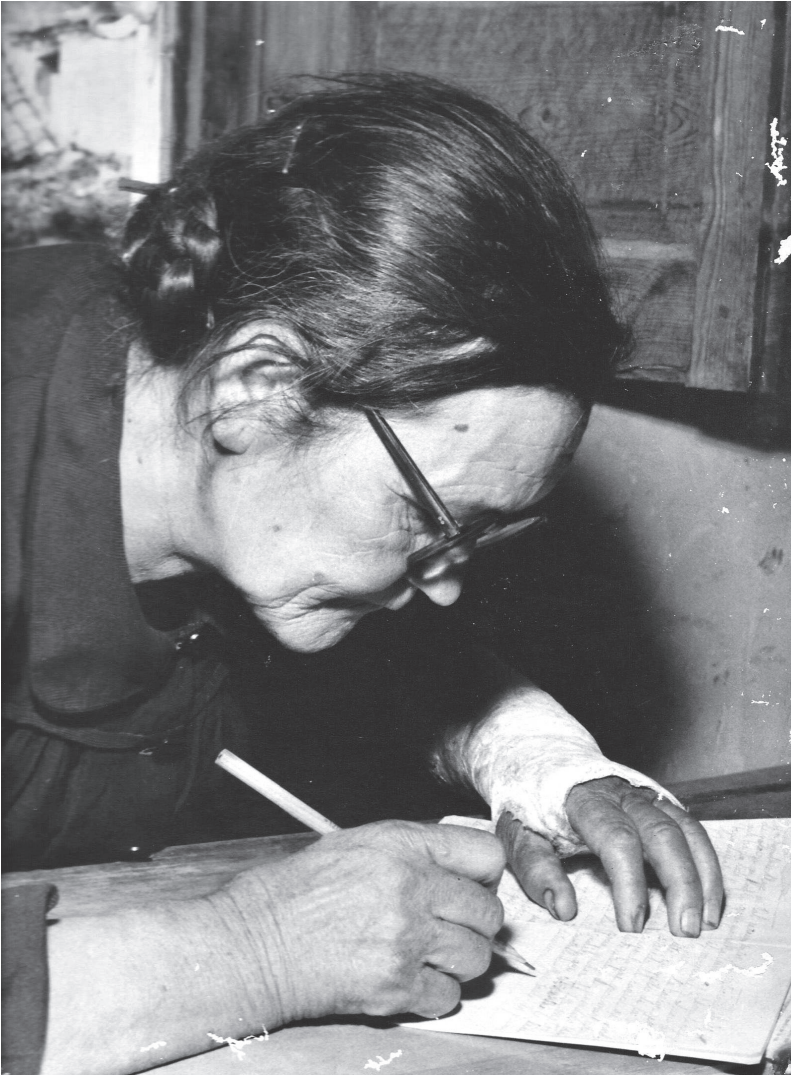
**L**es parecía increíble. Treinta años —lo que equivalía a un siglo para un veinteañero— después de que Buñuel retratara Las Hurdes como tierra sin pan en su documental de culto, ellos pisaban la misma tierra y la reconocían en su misma miseria, ausencia de servicios y comunicaciones y en toda la rotundidad de la pobreza desnuda. ¿Para qué habían servido esos años previos y esa “revolución nacional” de la que les habían hablado en los fuegos de campamento del Frente de Juventudes en su infancia? ¿Y las campanudas proclamas de justicia social teñida de azul que debían tragarse en las clases de formación política en la universidad?

Esas eran las preguntas que albergaban los corazones de muchos universitarios —y no solo de los que visitaron Las Hurdes— que, a lo largo de los años cincuenta en los campos de trabajo y de los sesenta en buena medida desde las campañas de alfabetización, estuvieron en contacto con ese mundo rural tan atrasado o en la versión más desarrollista, en esos trozos del mundo rural que se incrustaban en el extrarradio de las ciudades en pleno proceso de absorción de la desordenada emigración interior desde mediados de los cincuenta.

Las imágenes y los textos que pueblan este libro nos hablan de ese encuentro, de la mirada inicialmente huidiza y temerosa de los habitantes de esa España tan atrasada y tan cercana sin embargo, y del estupor, el interés y el compromiso de esos hijos de las clases medias y acomodadas que llegaban desde la universidad y veían que existía otro país apenas cosido con el propio conocido. Algunos hasta se daban cuenta que el país que ahora veían era el real y que hasta ese momento sus vidas se habían desarrollado en una burbuja urbana y controlada, con unos valores rígidos pero tranquilizadores, y que solo sus veinte años eran capaces de romper.

No eran los primeros jóvenes en el siglo XX español que se atrevían a mirar. Lo hicieron pioneros como ese Buñuel que se adentró en Las Hurdes para describir la miseria y la injusticia; pero también lo hicieron los jóvenes de la Federación Universitaria Escolar (FUE), que ya desde la crítica a la dictadura primorriverista apostaban por una España más higiénica, menos oscurantista y que se asomara a la realidad social. La Segunda República permitió que ese impulso previo se convirtiera en las Misiones Pedagógicas o el teatro La Barraca de García Lorca.

La guerra, que tanto protagonismo triste dio a la juventud en las trincheras, y que les hizo probar el sabor metálico de la batalla, trastocó todo esto y lo trocó en una gran y aplastante victoria de unos sobre los otros. Los vencedores hablaron de grandes proyectos de redención social y de “ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan”, pero la realidad que se impuso fue la de una rígida división social y una fragmentación por clases, creencias y actitudes hacia el régimen, con ausencia de toda libertad y de discusión pública, salvo la que se daba en el seno de católicos y falangistas. Y sobre todo, la de un reguero de muerte,



Campo de educación de Almería, 1967. Una anciana aprende a escribir. Es la imagen del esfuerzo y la concentración en el aprendizaje.

exilio, pérdida de esperanza de un lado y arribismo, corrupción y mentiras de otro.

Es en este entorno en el que surgió la idea del Servicio Universitario del Trabajo, de la mano del jesuita José María de Llanos, que aunaba sus creencias joseantonianas con un fervoroso

catolicismo de acción. Esa idea de compartir unas semanas de los veranos con los trabajadores era el producto de una lectura exigente del Evangelio, que pedía estar entre ellos, los desconocidos, los desfavorecidos, los “otros”... y era una retórica que compartían los movimientos fascistas: hacer del trabajador el eje de la vida social. Un discurso de justicia social que contrastaba con la fiereza de la represión social, pero puesto al servicio de los sectores reaccionarios frente a las fórmulas socialistas y soviéticas en el periodo de entreguerras.

Estos dos elementos explican que una acción tan auténticamente revolucionaria política y socialmente pudiera ser puesta en marcha en el corazón temporal del franquismo, sortear dificultades y convertirse en un elemento de apertura al mundo para universitarios de varias generaciones en las décadas de los cincuenta y los sesenta. Por eso el SUT cobra vuelo de la mano del Sindicato Español Universitario, el sindicato estudiantil falangista, que siempre quiso ocupar el lugar de la FUE republicana como sindicato único que controlara el conjunto de la vida universitaria estudiantil, sus actividades académicas, de ocio y de carácter social como una forma de unir a los estudiantes al régimen y hacer posible su renovación de personal y la continuidad de este en el tiempo. La cobertura del SEU hizo posible que esta idea del SUT adquiriera esa escala tan relevante, al presentarse como una iniciativa del Movimiento y, por lo tanto, del propio Estado, logrando que las grandes y medianas empresas contaran con los estudiantes y que gozaran también, al menos inicialmente, del apoyo de la Administración local del régimen, Gobiernos civiles y ayuntamientos.

Sin embargo, el SUT fue un éxito por la enorme sed de realidad de los estudiantes. Lo hicieron además generaciones

muy distintas, desde los tímidos intentos de encuentro con el obrero en Rodalquilar, donde pesa sobre todo el impulso evangélico de acercamiento religioso a una realidad desconocida, al compromiso político más abierto, en algunos casos ya previo desde fines de los cincuenta y claramente en los sesenta. Entonces nace con una fuerza imparable la necesidad de denuncia de las injusticias que conduce al desenmascaramiento del discurso del régimen y a la drástica ruptura en la década siguiente. Es entonces cuando, con distintos acentos y circunstancias en el SUT, encontramos una creciente presencia de los grupos que dentro de la universidad se enfrentaban al régimen, como el Frente de Liberación Popular o el propio Partido Comunista de España. Hay toda una gradación de politización a lo largo de esos veinte años de existencia que es también la historia de la evolución de la sociedad bajo el franquismo.

En otro lugar hicimos la crónica de esta iniciativa y a ella nos remitimos. Lo que aporta este libro de nuevo y de fresco es el impacto visual de la experiencia vivida por estas generaciones de universitarios. El concepto de “experiencia”, que tanto usó el historiador E. P. Thompson a la hora de entender el proceso de concienciación social de la clase obrera británica, nos sirve para entender que en una España cerrada a las ideas europeas, artificialmente mantenida al margen del proceso de evolución cultural e intelectual de la juventud europea, la forma de trascender ese entorno chato y cerrado se basaba en la propia experiencia de relación con esos otros mundos que, como ocurre casi siempre, estaban dentro del mundo. Así, la convivencia con las familias de esos pueblos perdidos acabaría impactando no en esos habitantes —que también— sino, sobre todo, en las y los jóvenes que cambiaron su percepción de la realidad para siempre.

Muchos son los testimonios que se recogen también en las páginas de este volumen que señalan como momento culminante de un proceso de cambio político o moral en sus vidas la vivencia de una injusticia compartida, las palabras sabias de un minero o la radical honestidad de la mirada del campesino que nunca pierde la fe en la tierra y el sol a pesar de la carencia de perspectivas de mejora en sus vidas.

Sergio del Molino decía, no hace mucho, hablando del fotógrafo catalán Ramón Masats, que la década más importante de la historia reciente de España se da en los diez años que van entre 1955 y 1965 porque es cuando se da una transformación profunda del país. Ese cambio que protagonizó la sociedad española a muchos niveles tuvo como uno de los elementos más señalados a estos más de trece mil jóvenes universitarios, que llevaron luego a su vida profesional y a sus percepciones personales la experiencia vivida y que tan profundamente les afectó.

En ese sentido, el SUT, esa inicialmente microscópica iniciativa con tres personas en una mina de oro de la provincia de Almería, se convirtió por razón de las circunstancias históricas en una formidable vía de contacto con la realidad, rompiendo los compartimentos estancos del régimen.

Las fotografías y textos que desfilan por estas páginas nos cuentan esta historia, la de las mujeres —especialmente en este caso, pues suponía una ruptura especialmente relevante de un entorno asfixiante para muchas de ellas— y hombres jóvenes que compartieron una experiencia inédita para ellos: abrir los ojos de par en par ante lo que tenían al lado.